

SIMAK

MAXWELL
AL CUADRADO



Maxwell al cuadrado une la imaginación a una trama apasionante que conserva su tensión hasta la última línea.

Nuestra Tierra es una especie de Universidad Intergaláctica. El hombre convive con seres de otros astros y de otras épocas: los legendarios «goblins», los dinosaurios... ¡e incluso Shakespeare! El protagonista —el profesor Maxwell— ha sido ingeniosamente duplicado durante un viaje cósmico de investigación. Hay dos Maxwell y ¿cuál es el que realmente está aquí, de regreso?

NOTA DEL TRADUCTOR

En el texto de esta novela se hallan incluidos algunos personajes y designaciones pertenecientes a las antiguas mitologías, cuyos nombres se han respetado o adaptado al español en la traducción, y cuyas principales características se detallan, por orden alfabético, a continuación:

—*BANSHEE*. – Irlandés: *bean-sith*, gaélico: *ban-sith*; del irlandés y gaélico *bean*, *ban*: mujer, y *sith*: hada. Dícese de una especie de hada hembra que, en algunas partes de Escocia, se suponía se fijaba a una casa específica, apareciendo antes de la muerte de algún miembro de la familia que la habitaba. En Irlanda se llama así al espíritu cuyo gemido presagia muerte. Respetado en la traducción.

—*BROWNIE*. – Duende doméstico bienhechor. En la mitología escocesa se llama así al espíritu doméstico de naturaleza similar a la de un goblin o *fairy*. Milton los describió en sus obras como *drudgin*, goblin o *lubberfriend*. Respetado en la traducción.

—*DRAGON*. – Francés: *dragon*; del latín *draco* y griego *drakon*, de la raíz *drak* o *derk*, del sánscrito *darç*: ver, llamado así por sus encendidos ojos. Dícese de un fabuloso animal concebido como una especie de cocodrilo alado, con ardientes ojos, cabeza encrestada y enormes garras, que lanza fuego; considerado a menudo como la personificación de la vigilancia. Traducido como *dragón*.

—*FAIRY*. – Del antiguo francés *fae*, en francés moderno *féé*; italiano *fata*. Dícese de un ser imaginario o espíritu que tiene forma humana, aunque de estatura muy inferior y con atributos sobrehumanos. Traducido como hada.

—*FAIRY RING* o *CIRCLE*. – Dícese de un anillo formado en el césped en algunas partes que crece notablemente más verde que en los alrededores y que, desde tiempo inmemorial ha sido considerado como causado por las hadas al danzar. Traducido como *claro de las hadas* o *prado de las hadas*.

—*GHOST*. – Anglosajón: *gást*, espíritu, fantasma; danés: *geest*; alemán: *geist*, espíritu. Dícese del alma o parte espiritual del hombre; del espíritu visible de una persona muerta; un espíritu desencarnado; una aparición. Traducido como *fantasma*.

—*GOBLIN*. – Francés: *gobelin*; del latín *cobalus*, del griego *kobalos*, una especie de ser maligno. Dícese de un espíritu malvado o dado a las bromas malévolas. En español tiene su paralelo en el trasgo. Respetado en la traducción.

—*LITTLE PEOPLE*. – Dícese de todas las criaturas o espíritus sobrenaturales que tienen, por lo general, una estatura inferior a la del hombre. Traducido como *enanos*.

—*TROLL*. – Islandés: *troll*; danés y sueco: *trolld*; bajo alemán: *droll*; inglés: *droll*. Dícese de ciertos seres sobrenaturales en la mitología y literatura escandinavas, que vivían en el interior de colinas y montículos; en algunos aspectos son descritos como amistosos y benefactores, pero también dados al robo. Respetado en la traducción.

(Datos extraídos del *The New Webster Dictionary, International edition*).

1

El inspector Drayton esperaba sentado, plantado sólidamente tras el escritorio. Era un hombre huesudo, con un rostro que parecía como si hubiese sido tallado, con un hacha embotada, de un bloque de madera nudosa. Sus ojos eran puntas de sílex y en ocasiones parecían brillar, y entonces estaba irritado y alterado. Pero Peter Maxwell sabía que un hombre así nunca se abandonaría a la ira. Tras su irritación había un cierto aspecto de bulldog que haría que siguiese adelante, sin que la ira lo apartara de su camino.

«Y ésta era justamente, se dijo Maxwell a sí mismo, una situación en la que hubiera deseado no hallarse». Aunque, ahora era evidente, había sido esperar demasiado. Naturalmente, ya había supuesto que su tropiezo, al no llegar a su destino correcto hacía seis semanas, debía haber ocasionado consternación aquí en la Tierra. El pensar que tal vez podría escurrirse hasta casa sin ser visto había sido completamente descabellado. Y ahora estaba aquí, frente a este hombre, y tendría que ir con cuidado.

Le dijo al hombre sentado tras el escritorio:

—No creo haber comprendido el porqué mi retorno a la Tierra deba ser considerado como un asunto concerniente a Seguridad. Mi nombre es Peter Maxwell, y soy miembro del claustro de profesores de la Facultad de Fenómenos Sobrenaturales de la Universidad de Wisconsin. Ha visto mis documentos...

—No tengo dudas —dijo Drayton— sobre quien es usted. Me asombra su identidad tal vez, pero no dudo de

ella. Es otra cosa la que me preocupa. ¿Le importaría, profesor Maxwell, decirme exactamente en dónde ha estado?

—No hay mucho que contar —contestó Peter Maxwell—. Estuve en un planeta, pero no sé ni su nombre ni sus coordenadas. Puede que esté a un año luz de distancia, en un sentido u otro, del Borde.

—En cualquier caso —intervino Drayton— no llegó al destino indicado en su billete.

—En efecto —admitió Maxwell.

—¿Puede explicar lo que sucedió?

—Tan sólo puedo aventurar una hipótesis. Pienso que tal vez mi pauta fue desviada e interceptada. Al principio creí que se trataba de un error del transmisor, pero eso parece imposible. Los transmisores han estado en funcionamiento durante centenares de años. Ya no deberían de tener fallos.

—¿Quiere decir que fue secuestrado?

—Tal vez podría denominarse así.

—¿Y no obstante continuará sin decirme nada?

—Ya le he dicho que no hay mucho que contar.

—¿Podría estar relacionado ese planeta con los rodadores?

Maxwell negó con la cabeza:

—No podría asegurado, pero no lo creo. En realidad no vi a ninguno por allí, ni había ninguna señal de que tuviesen algo que ver con el planeta.

—Profesor Maxwell: ¿ha visto alguna vez a un rodador?

—Una vez, hace muchos años. Uno de ellos pasó un mes o dos en Tiempo, y un día lo vi pasar.

—¿Así que reconocería a un rodador si lo viese?

—Sí, claro que sí —contestó Maxwell.

—Veo que partió usted hacia uno de los planetas del sistema de Coonskin.

—Corría un rumor sobre un dragón —le respondió Maxwell—, sin confirmar. En realidad, las evidencias eran muy tenues, pero decidí que valía la pena investigar el asunto...

Drayton alzó una ceja.

—¿Un dragón? —se extrañó.

—Supongo —dijo Maxwell— que para cualquiera que no se halle en mi campo de actividad le resultará difícil darse cuenta de la importancia de un dragón. Pero lo cierto es que no hay ni el más pequeño indicio que nos asevere que tal ser existiese nunca. Y esto a pesar de que la leyenda del dragón tiene sólidas raíces en el folklore de la Tierra y de algunos de los otros planetas. Las hadas, los goblins, los trolls y los banshees... los hemos encontrado a todos, en la vida real; pero ni trazas de un dragón. Y lo más curioso es que la leyenda de aquí en la Tierra no es únicamente una leyenda de origen humano, puesto que los enanos también tienen su leyenda del dragón. A veces pienso que fueron ellos los que nos la transmitieron. Pero tan sólo nos pasaron la leyenda, ya que no hay evidencia de...

Se detuvo, sintiéndose un poco fuera de lugar. ¿Qué le podía importar a este imperturbable policía sentado tras su escritorio la leyenda del dragón?

—Lo siento, inspector —se excusó—. A veces dejo que el entusiasmo por un tema favorito me arrastre.

—He oído decir que la leyenda del dragón podría haber sido producida por memorias ancestrales del dinosaurio.

—Yo también lo he oído —aceptó Maxwell—, pero me parece poco posible. Los dinosaurios se habían extinguido mucho antes de que la Humanidad hubiera evolucionado.

—Tal vez los enanos...

—Tal vez —replicó Maxwell—. Pero parece poco probable. Conozco a los enanos y he hablado con ellos del dragón. Desde luego son una especie antigua, ciertamente mucho más antigua que la humana, pero no hay ninguna indicación de que se remonten hacia tan atrás en el tiempo. O, si lo hacen, no tienen memoria de ello. Y creo que sus leyendas y relatos folklóricos se extienden a un período de varios millones de años. Son extraordinariamente longevos,

no son inmortales pero casi, y en estas circunstancias la tradición oral debe de ser muy persistente.

Drayton hizo un gesto como echando a un lado a los dragones y los enanos.

—Partió hacia Coonskin —dijo—, y no llegó allí.

—Así es. Estaba en ese otro planeta. Un planeta techado, de cristal.

—¿De cristal?

—De alguna clase de mineral, tal vez cuarzo. Aunque no puedo estar seguro. Podría ser metal. Había algo de metal allí.

—¿No podría haber sabido usted, cuando partió, que terminaría en ese planeta? —preguntó suavemente Drayton.

—Si lo que tiene en mente es una confabulación —le respondió Maxwell—, se equivoca usted totalmente. Me sorprendió por completo. Pero me parece que a usted no, ya que estaba esperándome.

—No me sorprendió particularmente —afirmó Drayton—. Ya ha pasado dos veces anteriormente.

—Entonces debe saber ya algo sobre el planeta.

—Nada en absoluto —dijo Drayton—. Tan sólo que por alguna parte hay un planeta que está operando un transmisor-receptor no registrado, y que se comunica por medio de una señal sin listar. Cuando el operador de esta Estación de Wisconsin recibió su señal de transmisión, les señaló a su vez que esperasen, porque todos los receptores estaban ocupados. Luego se puso en contacto conmigo.

—¿Y los otros dos?

—Ambos dirigidos aquí. Los dos destinados a la Estación de Wisconsin.

—Pero si regresaron...

—Ésa es la cuestión —intervino Drayton—. Que no lo hicieron. Bueno, tal vez se podría decir en cierta manera que regresaron, pero no pudimos hablar con ellos. La pauta de ondas resultó ser defectuosa. Fueron reconstruidos mal.

Estaban hechos un revoltillo. Ambos estaban cambiados; tanto, que tuvimos dificultades para averiguar quiénes habían sido. Y todavía no estamos muy seguros.

—¿Muertos?

—¿Muertos? Ciertamente. Un asunto bastante desagradable. Es usted un hombre afortunado.

Con alguna dificultad, Maxwell evitó un escalofrío.

—Sí, supongo que lo soy —dijo.

—Uno piensa —añadió Drayton— que alguien que tratase con la transmisión de materia se aseguraría antes de que sabía lo que se hacía. No se puede decir cuántos pueden haber captado y haberles salido mal por su estación receptora.

—Pero ustedes deberían de saberlo —señaló Maxwell—. Lo sabrían si hubiese habido personas desaparecidas. Una estación informaría enseguida si un viajero no llegase a la hora marcada.

—Eso es lo más extraño de todo el asunto —contestó Drayton—: No ha habido desapariciones. Estamos bastante seguros de que los dos seres que nos llegaron alterados habían arribado a sus destinos, pues no faltaba nadie.

—Pero yo partí para Coonskin. Seguramente informaron que...

Se detuvo como si una idea le hubiese golpeado en plena frente.

Drayton asintió silenciosamente.

—Pensé que al final llegaría a esa conclusión. Peter Maxwell arribó al sistema de Coonskin y regresó a la Tierra hace casi un mes.

—Tiene que haber algún error —protestó débilmente Maxwell.

Porque era inimaginable que hubiera dos de él mismo, que existiese aquí en la Tierra otro Peter Maxwell idéntico a él hasta en el más mínimo detalle.

—No hay error —aseveró Drayton—. Hemos elaborado una hipótesis para explicarlo: que el otro planeta no desvía

la pauta, sino que la copia.

—¡Entonces habría dos yos! ¡Entonces...!

—Ya no —dijo Drayton—. Es usted el único. Aproximadamente una semana después de su regreso hubo un accidente. Peter Maxwell está muerto.

2

Doblando la esquina, al salir de la pequeña habitación donde se había entrevistado con Drayton, Maxwell encontró un banco vacío y se sentó cuidadosamente, colocando su única maleta frente a él en el suelo.

Era increíble, se dijo a sí mismo. Increíble que hubiera habido dos Peter Maxwell, y que ahora uno de esos Peter Maxwell estuviera muerto. Increíble que el planeta de cristal hubiera podido tener el equipo para alcanzar y copiar una pauta de ondas que viajaba más rápido que la velocidad de la luz, pues en ningún punto de la Galaxia de los Unidos hasta entonces por los transmisores de materia se notaba ninguna pausa de tiempo entre el momento de transmisión y el de llegada. Una desviación... sí, tal vez pudiera darse una desviación, un alcanzar y atrapar una pauta, pero el copiarla era otra cosa totalmente distinta.

«Dos cosas increíbles, pensó, dos cosas que no deberían haber sucedido». Aunque, si una de las dos había sucedido, entonces la otra era la derivación natural de la primera. Si la pauta había sido copiada, entonces necesariamente tenían que haber habido dos de él, uno que fue al sistema de Coonskin y el otro al planeta de cristal. Pero si el otro Peter Maxwell había ido realmente a Coonskin, debería estar aún allí o, a lo sumo, a punto de regresar. Había planeado una estancia de, al menos, seis semanas o más si le hubiera parecido necesario para aclarar este asunto del dragón.

Se dio cuenta de que sus manos estaban temblando y, avergonzado por ello, las juntó con fuerza y las depositó

sobre su regazo.

No podía desmoronarse, se dijo a sí mismo. No importaba lo que le fuese a pasar, tenía que enfrentarse con ello. Y no existía una evidencia, una sólida evidencia. Todo lo que sabía era lo que un miembro de Seguridad le había dicho, y no podía fiarse de ello. Tal vez no fuera más que una burda farsa policial destinada a asustarlo y hacerle hablar. Y esto había estado a punto de suceder. ¡A punto de suceder!

Pero aunque hubiera sucedido, habría tenido que seguir adelante. Porque tenía una tarea por realizar, una tarea que no podía realizar mal.

Y ahora la tarea podía ser dificultada por alguien que lo estuviera vigilando, aunque no podía estar seguro de que alguien lo vigilara. «Tal vez eso no alterase nada», se dijo. La parte más difícil sería lograr entrevistarse con Andrew Arnold. El presidente de una Universidad Planetaria no era una persona fácil de ver. Tendría otras preocupaciones más acuciantes que el oír lo que tenía que decirle un profesor adjunto. Especialmente cuando el profesor no podía detallar por anticipado el asunto del que quería tratar.

Sus manos habían dejado de temblar, pero las mantenía todavía apretadas. Dentro de un momento se levantaría e iría hasta las aceras rodantes, en las que hallaría un asiento en las del centro, en las más rápidas. En una hora o algo así estaría de vuelta al viejo campus, y averiguaría si lo que le había dicho Drayton había sido cierto. Y volvería de nuevo a estar con sus viejos amigos: con Alley Oop y con Fantasma, con Harlow Sharp y Allen Preston y los demás. Se correrían buenas juergas a medianoche en el Cerdo y el Silbato, y darían largos y lentos paseos por la sombreada alameda, y navegarían en canoa por el lago. Tendrían discusiones y peleas, y contarían viejas historias, y seguirían la apacible rutina académica, monótona tal vez, pero alegre y que le daba a uno tiempo para vivir.

Se dio cuenta de que esperaba anhelante el viaje porque el camino de las aceras bordeaba la Reserva de los Goblins. No es que tan sólo hubiera allí goblins: había otros miembros de las razas de enanos y todos eran amigos suyos... o, por lo menos, casi todos eran amigos suyos. Los trolls podían ser exasperantes en muchas ocasiones, y era realmente difícil el poder conseguir una amistad duradera con una tal criatura como era un banshee.

Las colinas, pensó, estarían hermosas en esta época del año. Había partido hacia el sistema de Coonskin hacia finales del verano, y las colinas todavía habían vestido su manto de verde oscuro; pero ahora, a mediados de octubre, ya debían de haberse ataviado con todo el esplendor de su vestido de otoño. Se vería el rojo vinoso del roble y los brillantes rojos y amarillos de los arces y, aquí y allí, el llamante escarlata de las plantas trepadoras se mezclaría como un filete entre todos los otros colores. Y el aire olería como a sidra, con aquel aroma extraño e intoxicante que tan sólo se da en los bosques con la muerte de las hojas.

Permanecía sentado, pensando en aquella ocasión, hacía tan sólo dos veranos, en la que el señor O'Toole y él habían remontado el río en canoa hacia los páramos del norte, esperando que en algún punto del recorrido logran hacer un contacto, de cualquier tipo, con los espíritus de los que se hablaba en las antiguas leyendas Ojibway. Habían flotado en aguas cristalinas y encendido sus hogueras en los bordes de las oscuras florestas de pinos por las noches; habían pescado peces para la cena y buscado las flores silvestres escondidas en los claros del bosque, y espionado a muchos pájaros y otros animales y tenido unas buenas vacaciones. Pero no habían visto a ningún espíritu, lo que no era muy sorprendente. Se habían hecho muy pocos contactos con los enanos de Norteamérica, porque eran verdaderas criaturas de los bosques, al contrario de los semicivilizados y relacionados con los humanos espíritus de Europa.

El lugar en el que había tomado asiento daba hacia el oeste y, a través de las imponentes paredes de cristal, podía ver más allá del río los farallones que se alzaban a lo largo de lo que había sido la frontera del antiguo estado de Iowa: grandes masas de un púrpura oscuro enmarcadas por un cielo otoñal color azul pálido. En lo alto de uno de los farallones podía distinguir la silueta de la Facultad de Taumaturgia, que en su mayor parte se hallaba a cargo de los seres octópodos de Centauro. Mirando a los difusos contornos de los edificios, recordó que muchas veces se había propuesto asistir a uno de sus seminarios de verano, pero que nunca había podido hacerlo.

Tomó su equipaje, preparándose para irse, pero continuó sentado. Todavía se hallaba sin aliento, y sus piernas parecían sin fuerzas. Se dio cuenta de que lo que le había dicho Drayton le había afectado más de lo que había supuesto, y que aún seguía afectándole en una serie de reacciones posteriores. Tendría que tomárselo con calma, se dijo. No podía desanimarse. Podía no ser verdad; probablemente no lo era. No tenía ningún significado el preocuparse demasiado antes de comprobarlo por sí mismo.

Lentamente, se puso en pie y se inclinó para tomar su maleta, pero dudó un momento antes de zambullirse en la apresurada confusión de la sala de espera. La gente, humanos y no-humanos, se daban prisa resuelta o permanecían en grupos y grupitos. Un hombre viejo, de barba blanca, vestido de un majestuoso color negro, al que por sus atributos Maxwell clasificó como profesor, estaba rodeado por un grupo de estudiantes que habían ido a despedirle. Una familia de reptílicos se hallaba en unos divanes colocados para gentes como ellos, incapaces de sentarse. Los dos adultos estaban recostados inmóviles, frente a frente y hablando en voz baja, con el clásico siseo que plagaba el habla de los reptiles; mientras los jóvenes se encaramaban por los divanes o se estiraban por el suelo, jugando. En un rincón de una pequeña alcoba un ser parecido a un barril

de cerveza, puesto de lado, rodaba en uno y otro sentido, de la misma forma y tal vez por los mismos motivos que un hombre pasea arriba y abajo por una sala de espera. Dos seres arácnidos, cuyos cuerpos eran más bien una masa de palillos que verdadera carne y huesos, estaban de cuclillas uno frente al otro. Habían señalado en el suelo, con un trozo de yeso, una especie de tosco tablero, y colocado sobre él un cierto número de piezas de extraña forma, que movían rápidamente de un lado para otro, chirriando excitados a medida que se desarrollaba el juego.

¿Rodadores?, había preguntado Drayton. ¿Había alguna relación entre el planeta de cristal y los rodadores?

Siempre surgían los rodadores, pensó Maxwell. Existía una obsesión por los rodadores. Y tal vez hubiera una razón de ser así, aunque uno no podía estar seguro. Porque se sabía poco de ellos. Eran una presencia oscura, lejana en el espacio, otro gran grupo cultural abriéndose camino en la Galaxia, llegando a un ocasional contacto con la creciente cultura humana a lo largo de una inmensa línea fronteriza.

Puesto allí en pie, recordó la primera y única vez que había visto a un rodador: un estudiante de la Facultad de Anatomía Comparada de Río de Janeiro que había venido para un seminario de dos semanas en la Facultad del Tiempo. El campus de Wisconsin, lo recordaba bien, se había estremecido silenciosamente por la noticia y se había hablado mucho de ello, aunque aparentemente se habían dado pocas oportunidades en las que poder dar una ojeada a la fabulosa criatura, ya que permanecía dentro del seminario. Se había encontrado con él atravesando uno de los corredores, cuando había cruzado el paseo para ir a comer con Harlow Sharp, y recordaba, enternecido otra vez, que se había quedado asombrado.

Había sido a causa de las ruedas, se dijo. Ningún otro ser de la Galaxia las poseía. Era una criatura regordeta, una gruesa masa suspendida entre dos ruedas, cuyas patas se proyectaban del cuerpo desde algún punto cerca de su